

## PRESENTACIÓN DEL LIBRO “AGUA VIVA”

Ofrece este volumen la aportación que Abelardo de Armas ha venido realizando en la sección “Agua Viva” de la revista *Hágase-Estar* desde junio de 1974 hasta diciembre de 2002. Veintiocho años en los que fiel a su cita bimestral nos obsequiaba a los lectores de dicha revista con una reflexión de gran calado espiritual hasta sumar ciento sesenta y nueve colaboraciones.

Merecía la pena recogerlas para que puedan alimentar nuestra oración, pues cada una de estas breves reflexiones está escrita con y desde el corazón apostólico de Abelardo. Constituyen una melodía en la que la repetición de acordes no fatiga. Laten en ellas varios amores que se entrecruzan constante e inseparablemente: Jesucristo, la Virgen, la Iglesia, los hombres. Y formidables ideas fuerza que han cimentado las firmísimas convicciones de Abelardo: Fe inquebrantable en el amor que Dios tiene al hombre, manifestado en Jesucristo. Aceptación de nuestra realidad humana pobre y fragilísima. Confianza ilimitada en la misericordia de Dios para con el hombre. Amor filial y entrañable a la Virgen María.

Se han seleccionado ciento treinta y siete, evitando aquellas en las que se producen repeticiones. Y se han organizado en seis capítulos –considerando la idea dominante que propone el autor– que se ofrecen tras una introducción biográfica sobre Abelardo a cargo de la pluma ágil y privilegiada de Javier del Hoyo.

El primer capítulo, que a modo de obertura consta de dos meditaciones, está dedicado al Padre de los Cielos, origen de todo amor. Jugando con el símil del agua, sería la nieve purísima de las cumbres que alimenta fuentes, arroyos, ríos.

Las once meditaciones que constituyen el segundo capítulo ponen los ojos en la Virgen-Madre, prolongación humana del Corazón del Padre. Es la fuente virginal de la que nació el Verbo según la carne.

El tercer capítulo contempla en diecisiete meditaciones deliciosas la infancia y vida oculta del niño de Belén y Nazaret, arroyuelo cantarín, inseparable de José y de María.

El cuarto sigue a lo largo de cuarenta y tres meditaciones los pasos del Hijo del Hombre, cascada rumorosa y contenida a la vez de poder, fuerza y vida, manifestada en sus palabras (bálsamo que suaviza o aguijón que hiere) y en sus obras siempre grandiosas.

El quinto se detiene en la obra maestra del Hijo, de la Madre y del Padre: La pasión de Cristo, la redención de María y el triunfo del Padre que resucitó a su Hijo. Es como un mar embravecido de sufrimiento y de gloria.

Finalmente el sexto, titulado “Hijos en el Hijo”, mira hacia nosotros a través de cuarenta y siete reflexiones: Redimidos que tenemos por delante la tarea de transformarnos en Cristo para transformar el mundo, bebiendo de la fuente de la Vida y dando de beber. Es necesaria nuestra respuesta, hecha de oración, confianza, humildad, paciencia, arrepentimiento, mortificación (o mejor “vivificación”). Termina este capítulo con un recuerdo del autor hacia el P. Llorente, S.I., amigo verdadero de Dios y ejemplo para nosotros.

En el epílogo ofrece Abelardo “cinco consejos” para vivir la vida de Dios. Ojalá se convierta en un programa de acción para cada uno de nosotros.

Sirvan estas páginas como homenaje de agradecimiento a Abelardo al cumplir sus setenta y cinco años y al celebrar cincuenta de la creación con el P. Morales del Instituto Secular “Cruzados de Santa María”, la obra de su vida, que puso en marcha como primer miembro laico y primer director general durante más de cuarenta años.

**“VINO A LOS SUYOS Y LOS SUYOS NO LO RECIBIERON”**  
**(Jn 1, 11)**

Han pasado muchos años desde aquella Navidad. Estaba yo viviendo una experiencia apostólica en un sanatorio antituberculoso cuando me llamaron desde la habitación 111. Era Nochebuena y los enfermos que habían quedado aquella noche eran muy pocos. Los más graves, los que no podían pasar las fiestas en casa.

En la habitación donde me reclamaban encontré dos de los enfermos residentes. Uno en cama, el otro le hacía compañía, aunque por su mal estado debiera permanecer en su cuarto. Resoplaban fatigosamente, cada uno con una copa ya vacía y dispuestos a llenarla de nuevo.

«Brinda con nosotros – me dijeron – y cántanos algo».

«Eso es, cán-ta-nos algo. Es Nochebuena. Sííí, nues-tra úl-ti-ma No-che-bue-na». «Cántanos y brin-da con nos-o-tros».

Mientras cantábamos un villancico, las lágrimas corrían por sus mejillas. Uno de ellos me había dicho hacía muy poco: «¿Por qué sufrir? ¿Por qué el dolor? ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir! Todo invita a vivir. Y yo...» Unos meses más tarde empezó a vivir para siempre.

Cuando les dejé me fui a la capilla. No había nadie. Sólo el Jesús del sagrario en aquella noche santa. Sentimientos de soledad en mi corazón por la escena que acababa de presenciar y porque Jesús nacía de la Virgen María para un mundo frívolo que no recibía a su Dios.

Pensé en Belén, vi al niño colocado en el pesebre. Es la Luz. Nace la Luz y las tinieblas no la comprenden.

Este Niño estaba en el cielo. Donde se desconoce el dolor, la pobreza, el sufrimiento. En la tierra abundan, pero se desconoce su valor. Por eso viene a abrazarse con el dolor. Toma de lo mío para darme de lo suyo. Haciéndose pobre me enriquece. Cabeza de un cuerpo pecador, va a tomar el pecado, la maldición y la muerte, que no le corresponden, para que yo encuentre el perdón y la Vida.

Su cuerpecito de niño tiembla de frío. Pronto sentirá sed, hambre, cansancio, abandono y soledad. Todo el dolor del mundo y de todas las épocas lo va a abrazar Él para presentarlo al Padre. Porque viene a salvarnos redimiendo, es decir, ocupando nuestro lugar.

Entonces comprendí que el sufrir de mis amigos enfermos, todo el sufrir de todos, estaba allí. En ese niño Dios que acabaría en Cruz.

Vi a la Virgen adorando en silencio. Entendí su asombro y su pena. Viene a los suyos y los suyos no lo reciben.

En tanto los ángeles anuncian la gran noticia: «Os ha nacido el Mesías, el Salvador». «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Hoy, como hace años, vuelvo a tener sentimientos encontrados. Gozo y tristeza. Esperanza y dolor. Reino de los cielos y perdición eterna. Camino estrecho que conduce a la vida y sendas amplias de muerte eterna. Este niño es signo de contradicción. Unos lo reciben y otros lo rechazan; aunque Él a todos ama y por todos nace y muere.

Me vuelvo a la Madre y pongo en Ella toda mi confianza. Tan dulce y tan buena para todos, apiádate. Vida, dulzura y esperanza nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos. Para que nosotros los volvamos al hijo de tus entrañas, al niño de Belén que nos invita a hacernos pequeños y volver a la casa del Padre, mientras sus ojitos llorosos y sus bracitos en cruz parecen decirnos: «El Amor no es amado».

(Diciembre 1979)

**“TENEMOS A UNO QUE ABOGUE ANTE EL PADRE”  
(1 Jn 2, 1)**

Poco antes de morir, santa Teresa del Niño Jesús fue encontrada llorando en su lecho. La hermana que la encontró en esta situación le interrogó extrañada. La santa le señaló unos renglones que estaba leyendo del evangelista san Juan. «Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo» (1 Jn 2, 1).

Meditar despacio en este defensor nuestro ha de convertirse en uno de los mayores consuelos: Jesucristo, que aboga por nosotros, ha tomado nuestra causa como suya. Toma toda la deuda, todo nuestro castigo. Ahora la causa es tan nuestra como de Él. Aun del pecado que Él no puede cometer, tomó todo el peso y castigo.

Magnífico abogado que conoce la causa que defiende. Y aun siendo causa de la que Él es el gran herido, la defiende y gana. Es nuestro hermano, porque es hombre, pero es nuestro Dios y creador con el Padre y el Espíritu Santo.

“Si cuando uno confía su causa a una lengua elocuente la gana, confiándote tú al Verbo de Dios, ¿has de perecer?” (san Agustín).

¿Quién presentará acusación contra el hombre? «¿Acaso Cristo Jesús, el que murió por nosotros; ahora que está a la diestra de Dios, y que intercede por nosotros?» (Rm 8, 34).

Volvamos a san Juan de Ávila que se pregunta “Si es justo, ¿cómo defiende causa injusta?” Y da a continuación la explicación: “Él pagó lo que tú debías y pagó más de lo que merecías. Y así justamente defiende tu causa, no diciendo 'no merece muerte', sino 'Yo pagaré por él'. Y por lo que Él merece quedas tú perdonado. Échate a sus pies y te dirá: “Yo te perdono tus pecados porque yo los pagué por ti”.

Y es que lo que presentamos al Padre pidiendo que nos perdone es la Pasión de Cristo. Y cuanta es la virtud de Jesús presentada al Padre desde la Cruz, son nuestros merecimientos.

Por eso concluimos con el gran Maestro Ávila: “De ahí pago yo lo que debo y me sobra”. Y sobre todo si es en manos de la Virgen Madre en quien depositas tus miserias.

Pero no olvidemos que todo esto ha querido Dios realizarlo a través de ese sacerdote al que confesamos nuestros pecados y miserias. ¡Qué consuelo tan grande escuchar: “Yo perdono tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”!

(Octubre 1996)

**«CUALQUIERA QUE SE HUMILLARE COMO ESTE NIÑO, ÉSE ES EL  
MAYOR EN EL REINO DE LOS CIELOS»  
(Mt 18,4)**

Hace unos años, para evitar el sueño que por cansancio me impedía hacer oración, se me ocurrió hacer un canto a la humildad y comencé a escribir:

*«La cumbre de la humildad  
es vivir en confianza,  
creer que la nada alza.  
Bajar por esta escalera  
peldaños de confianza,  
tanto cuanto espera alcanza.»*

He publicado ya algunos AGUAS VIVAS sobre subir bajando, el último lugar, hacerse como niños, etc. Hoy vuelvo a insistir, porque es tan costoso este caminito – así lo llamaría santa Teresa del Niño Jesús– que se desiste de él fácilmente. Nos agrada más el heroísmo de las altas metas.

Uno de estos días leyendo el Evangelio me ha llamado la atención que Jesús dijera que «el que escandalizare a uno de estos niños que creen en Mí...» (Mt 18,6) y que «el que se *humille* como este niño, ése es el mayor en el Reino de los cielos» (Lc 9,48).

Jesús dice de un niño que tenía entre sus brazos, que ese niño cree en El, y que se humilla.

¿Cómo puede un niño creer en Jesús? ¿Qué alcance, hasta dónde cala en un niño la fe en el Hijo de Dios? ¿Y qué sabe un niño de humillarse?

Pienso que este creer de un niño es su abandono. El niño vive abandonado en su momento presente. Acepta su incapacidad, su pequeñez. Y esto le hace el mayor en el Reino de los cielos.

Pero la soberbia no deja ver aún lo más claro: Que «el lugar más alto, dice san Gregorio, es tempestad del alma, y se debe huir de él en cuanto fuere posible». Las cumbres de la vida espiritual son ministerios y están en los abismos más profundos; es preciso, pues, convencernos de nuestra nada y aceptar con alegría nuestra pequeñez y miseria. Entonces caminaremos en verdad.

Hay que acudir a la Reina de la Humildad, para que nos alcance la gracia de aceptar sonrientes nuestras limitaciones. Sin refugiarnos en cómodos pretextos de «soy así.., incomprendido y víctima». La Virgen nos dirá con san Juan de la Cruz que «para enamorarse Dios del alma no pone los ojos en su grandeza, sino en la grandeza de su humildad».

Es también la falta de humildad y, por el contrario, la soberbia, la que nos incapacita en las tareas evangélicas, es decir, la misión apostólica de llevar a Cristo a las almas y las almas a Cristo. Esperamos vernos santos para hablar entonces de Dios a los otros, y siempre nuestra culpabilidad se nos presenta como un grave impedimento. No nos deja ver que la evangelización, –como nos acaba de pedir el Papa en Santiago–, no es una labor nuestra: es Dios quien la hace en nosotros. El, que eligió lo débil de este mundo para confundir a los fuertes (san Pablo); «quiero servirme de ti, no por tus méritos, sino para que se vea cómo mi poder se sirve de instrumentos miserables». (A santa Margarita María de Alacoque).

En fin, pongamos los ojos en el Crucifijo del Calvario. Nos ha salvado por el desprecio, la humillación y el dolor. Esa es la cumbre de la humildad a la que se abajó desde que en Belén nació de una Virgen humildísima y oculta.

(Octubre 1989)